

dera Wigh, siento que esta ocasión nada amiga de tolerancia y de una templada libertad, es abonada para negar ayuda á los ministros; y pienso que en la actual penuria inexplicable y sin precedente, de talento parlamentario entre los jóvenes de Inglaterra, un poco de este talento puede prestar mayores servicios que en tiempos más fértiles en elocuencia. Por esta razón quiero hacer algún sacrificio de mi tranquilidad, tiempo y dinero para servir al gobierno en la Cámara de los Comunes. Pero no quiero siquiera pensar que mis deberes públicos serán en mí el despego que siento por la vida oficial. Estoy seguro que como miembro independiente del Parlamento, puedo tener más influencia que como juez letrado. Conozco mi posición en el mundo y sé las malas interpretaciones á que me exponía. Por de pronto sería considerado como un nuevo aventurero político y mis discursos serían apreciados exclusivamente como trabajos retóricos más ó menos recomendables, pero sin que jamás produjeran el efecto que he visto producir á las rudas frases de hombres tales como lord Spencer y lord Ebrington. Si entro en el Parlamento como un empleado público nadie creería, aunque fuese la verdad, que yo era tan completamente independiente é indiferente al salario como pudiera serlo el duque de Northumberland. Como no tengo aquella autoridad que dan la gran fortuna ó alto rango, es absolutamente necesario para mi bienestar y muy conducente á mi éxito que pueda presentarme con la autoridad que da un desinterés probado. Por el contrario, como miembro del Parlamento sin puesto alguno oficial, me queda tiempo que consagrar á otros proyectos á que no puedo pensar en renuncia, y que usted mismo dice no debo abandonar. Una vida exclusivamente literaria está más conforme

con mis gustos. Del tiempo que consagro á un trabajo literario estoy dispuesto á sacrificar lo estrictamente necesario para cumplir con mis debres públicos, pero no más; yendo al Parlamento sin empleo haré á la vez un sacrificio personal menor y más servicio al público que teniendo alguno. Espero que usted considerará satisfactorias estas razones bien conocidas de usted, cuya aprobación es la que más me interesa, inmediatamente después de la mía.

Me deleita Italia de un modo que no puedo expresar, y por encima de todo, Roma. No tenía noción de que pudiese existir en el mundo un placer tan intenso y tan agradable del que yo no había gozado nunca. Convento enteramente con usted en que la primera impresión que producen estos lugares es la más débil, y que el tiempo de familiaridad y la reflexión, que destruyen el encanto de tantos otros objetos, aumentan, por el contrario, los atractivos de esta región asombrosa. Mas es muy difícil asegurar qué me ha interesado más, si la Roma antigua ó la actual; los monumentos de aquel imperio extraordinario, que ha desaparecido, ó las instituciones del imperio más extraordinario aún que, después de todos los choques que ha resistido, está todavía lleno de vida y de energía, si bien bastante corrompidas. Aunque no existiera en Roma ni la más insignificante ruina, construcción artística, pintura ni estatua, todavía tendría para mí el más grande interés la visita á esta insigne ciudad, por haber visto la capital del catolicismo y aprendido algo acerca de la naturaleza y extraños efectos del gobierno brahamánico que rige los Estados Eclesiásticos.—¿Ha leído usted la *Historia del Papado* de Ranke después de la Reforma? Debo mucho de lo que me ha hecho gozar la Roma actual á la lectura de este libro.



Roma está llena de ingleses; hay aquí número bastante para constituir una respetable Cámara de los Lores y otra de los Comunes, y en estos mismos momentos está parado en la Plaza de España un número de carruajes blasonados dos veces mayor que el que hay de ordinario delante de la parroquia de St. James.

Siempre, mi querido lord, su más leal amigo,

T. B. MACAULAY.

*Sábado, 22 de Diciembre.*—La insurrección del Canadá parece haber sido enteramente dominada. Temo que los vencedores no quieran satisfacerse sin castigos tan rigurosos que deshonren al gobierno inglés ante todos los demás de Europa y á nuestros propios ojos. Deseo que los ministros recuerden que el mismo pueblo que grita ahora por ejecuciones en gran número, será el primero en abusar de la crueldad, dejándole llevarse de esta excitación. El duque de Cumberland no hizo más en Escocia que aquello por que clamaba toda Inglaterra; pero cambió el sentimiento de este país acerca de la cuestión, y el duque se hizo impopular, por haberse dejado imponer por los gritos que daba el pueblo en un período de miedo y resentimiento. El ver colgar hombres á cientos, no es realmente para aguantado con paciencia; basta con diez ó doce ejemplos bien elegidos y ejecutados en los mismos momentos en que tienen lugar los asesinatos é incendios que llevan á cabo los revoltosos. Si los prisioneros americanos son transportados ó puestos á trabajar en los caminos, su castigo puede hacer más bien que una gran ejecución en masa. El lenguaje sanguinario de algunos de los periódicos, tanto del Canadá, como de Londres, me hacen dudar si iremos en las represalias,

como yo temo, mucho más lejos que los detestables carlistas y cristinos de España.

«Leo una buena parte del Gibbon. Es groseramente partidario de los perseguidores paganos. Su opinión acerca de los Padres cristianos dista poco en realidad de la que yo tengo; pero sin excusas para la tiranía de sus opresores, daña su libro el carácter que indica Person (1). Escribe como un hombre que hubiese recibido alguna injuria personal del cristianismo y deseara verse vengado sobre todos los que profesan esta religión. Cómo en casa y leo algo de Pelham durante la comida; conozco pocas cosas tan buenas como el carácter de lord Vincent.»

Macaulay, que, con todo, no había perdido su gusto por los espectáculos, aprovechó la ventaja de su presencia en Roma durante las festividades de Navidad para gozar de ellos. Considera la procesión de San Pedro como la cosa más bella en su género que puede verse jamás; pero hubiera sido injusto consigo mismo, exponiendo á la crítica general su descripción de este espectáculo público, bosquejada deprisa, por más que estuviese hecha con los brillantes colores con que Ro-

(1) El pasaje aludido forma parte del Prefacio á las cartas del Arcediano Travis, que Macaulay considera como un trabajo de erudición inferior tan solo al *Phalaris* de Beuley. «Sus reflexiones (de Gibbon) son con frecuencia justas y profundas; aboga elocuentemente por los derechos del hombre y el deber de la tolerancia, y dícenos dará fin á sus sentimientos humanitarias mientras existan mujeres maltratadas ó cristianos perseguidos. Encuentra á menudo, aunque la ocasión no sea propicia, motivo para insultar nuestra religión, que él odia tan cordialmente como si tuviere que vengar en ella algún insulto personal. Tal es su vehemencia en este sentido, que se lanza á los más despreciables equívocos y á la más inculta perversión de lenguaje, por el placer de poner las Escrituras en lenguaje deshonesto ó de llamar impostor á Jesús.»



bert gustaba de pintar las muchedumbres que llenan las naves de las majestuosas catedrales. Y además, casi ni Tiziano mismo (no obstante haber representado en una pintura del Louvre, según Mr. Rusking, tras una fila de obispos todo un tratado de teología dogmática), podría hallar medios para hacer patentes sobre un lienzo los sentimientos que animan á cada uno de los espectadores de esta ceremonia, una de las que más pueden impresionar en la tierra. «Me conmovió profundamente—dice Macaulay—reflexionar acerca de la inmensa antigüedad de dignidad papal, que puede, con justicia, vanagloriarse de una sucesión no interrumpida y más conocida y clara que ninguna otra dignidad terrestre, y sirviendo de lazo de unión á dos grandes edades de la civilización humana. Nuestros modernos caballeros feudales son advenedizos de ayer comparados con los sucesores en orden regular, no ya desde Pedro, sino para estar bien seguro de la sucesión, desde Silvestre y León el Grande.

No habría de seguro entre los circunstantes persona alguna por cuyo cerebro pasaran estos pensamientos con tanta rapidez como por el de Macaulay. «La tarde de Navidad encontré á Gladstone entre la multitud, y me dirigí á saludarle, á pesar de no haber sido presentado jamás á él; mereció, á la verdad, con un gran *empressement* y tuvimos una conversación larga y muy agradable.»

*Diciembre 29.*—Fuí á Torlonia á adquirir dinero para mi viaje. ¡Qué efecto tan curioso es ver un Banco en un palacio, entre naranjos, columnatas, estatuas de mármol y todos los demás signos del lujo y buen gusto más refinados! La contemplación de esto me transportó á los días de los príncipes mercaderes de Florencia, cuando filósofos, poetas y pintores pulu-

laban en el palacio de Cosme de Médicis con la libertad que por casa propia. Tomé el valor de un ciento de libras en escudos y tuve que acarrearlos por las calles llevándolos abrazados en un saco de lona, murmurando violentamente del «bendito papel de crédito» del Papa. Anduve errante por toda la vasta colección del Vaticano con placer cada vez mayor. La comunión de San Jerónimo me parece más bella cada vez que la miro, y la Transfiguración ha concluido por conquistarme completamente; no obstante, todas las faltas de su composición, la considero la mejor pintura del mundo. Luego voy á San Pedro por última vez y ando vagando á su alrededor lleno de tristeza. No hubiera podido creer que llegara á afligirme tanto su conjunto de piedras y mortero.

*1.º de Enero de 1839.*—No olvidaré tan fácilmente los tres días que he pasado entre Roma y Nápoles. Al descender de la colina de Velletri vi tendida debajo, semejante á un mar, la extensa Laguna pontina. Pronto llegué á ella y gracias á Dios también muy pronto salí de ella. Si bien es verdad que el gobierno no ha conseguido todavía sanear este pantano, no deja de ser cierto que se han tomado medidas para que pueda establecerse población á su alrededor en el más corto espacio de tiempo posible; se han construido caminos secos y bien pavimentados, tan firmes como una roca y derechos como una flecha, que me recuerdan el del Progreso de Pilgrim, el que atraviesa el lodazal de Despond, el de Tremedal del valle de la Sombra de la muerte y de la Tierra encantada. En la frontera, un oficial de Aduanas me suplicó le permitiera ir en mi carruaje hasta Mola, á lo que yo no accedí atentamente pero con firmeza. Le di tres coronas para que me evitase la molestia de registrar mi equipaje, que



por lo demás estaba protegido por un *lascia passare*. Se embolsó las tres coronas, pero me miraba con mala cara y quedó descontento porque le rehusé el aceptar su compañía. Precioso compañero; ¡pensar que un funcionario público á quien se cohecha con poquísimo dinero, pueda constituir sociedad á propósito para un caballero inglés!

«Gocé de una bellissima vista de la bahía de Gaeta con el Vesubio á una inmensa distancia. Toda la comarca es muy interesante históricamente considerada. Los conductores pretenden señalar en el camino el punto exacto en que fué asesinado Cicerón, en cuya designación tengo tan poca fe como en la de la cabeza de San Andrés ó de la lanza de Longinos, aunque es cierto que por aquellos alrededores tuvo lugar este acontecimiento. La posada en que dormí en Mola lleva el nombre de Villa de Ciceron. Hay las mayores probabilidades de que ninguna de las ruinas ahora existentes pertenecieran á Cicerón, pero no obstante me complacía pensar, cómo muchos grandes romanos, cuando Roma era lo que Inglaterra es al presente, gustaban de pasar los días de fiesta en esta bellissima costa. Atravesé por la comarca inferior por donde corre el Liris de Horacio; por los pantanos de Minturnæ, donde Mario tomó por sí mismo venganza de Sila, y por los campos donde Gonzalo de Córdoba alcanzó la gran victoria de Garellano. La llanura de Capua parece conservar todas sus antiguas riquezas. Por lo que he visto en Italia se me ha ocurrido frecuentemente que es muy extraño que los ingleses jamás hayamos introducido el olivo en ninguna de las vastas regiones que hemos colonizado; no creo que haya un solo olivo en todos los Estados Unidos, en el Africa del Sur, ni en Australia.

»Durante mi viaje á través de las Lagunas pontinas terminé la lectura de la Alice de Bulwer. Me ha afectado mucho y en un sentido en que no me impresionaban ya las novelas en estos últimos años. Generalmente evito la lectura de todas las novelas que yo sé que están llenas de grandes efectos oratorios. Los sufrimientos que me producen son muy reales y tengo bastantes disgustos sin buscarme otros nuevos en la lectura. Pienso de Bulwer lo mismo que pensaba antes. Tiene un talento y una elocuencia considerables pero le encanta escribir acerca de aquello que sólo ha entendido á medias ó no ha entendido nada; su gusto es malo y esto á causa de permanecer obscuro y sin propósito de cambiar, le falta vigor, brío y claridad de inteligencia. Este trabajo, aunque mejor que ninguno otro de los que he leído, es demasiado largo.

*Jueves 3 de Enero.*—Debo decir que las relaciones que habia oído de Nápoles son muy incorrectas. Hay muchos menos mendigos que en Roma y más industria. Roma es la ciudad de los sacerdotes; me recordaba aquellas ciudades de Palestina destinadas á ser habitadas exclusivamente por los levitas. El comercio y la agricultura parecen ser tolerados tan sólo como subsidios para la devoción. Se admite que los hombres trabajen, porque si no trabaja alguien nadie puede vivir y si nadie vive no hay quien rece. Pero tan pronto como se entra en Nápoles se ve un notable contraste con lo anterior; hay diferencia entre el domingo y el lunes. Aquí las ocupaciones de la vida civil son lo principal, y las de la religión son accesorias. Un poeta podría comparar á las de Roma con María y á Nápoles con Marta, y un católico acaso pensase que la ocupación de María era la mejor, pero el mismo católico y mucho más un protestante, preferiría la